



Ser tercermundista hoy significa proclamarse solidario con los países y pueblos que han sufrido la destrucción y el asesinato de sus religiones y culturas, la confiscación de sus tierras, la eliminación o venta masiva de sus hombres...

Tercermundismo, hoy

EN un momento en que —rechazando el consejo de quienes, por razones de interés sórdido o en virtud de una espesa y peculiar metafísica, preconizan todavía el castizo ejercicio de contemplarse el ombligo— la gran mayoría de los españoles —desde los empresarios y tecnócratas ligados al Mercado Común hasta los defensores del eurocomunismo— aspiran a integrarse en la Europa democrática y se consideran al fin enteramente europeos, importa precisar con claridad y firmeza —y sin rechazar en modo alguno la justedad de dicho planteamiento— el significado actual del tercermundismo. Prácticamente liquidados los últimos residuos del colonialismo político y la intervención militar directa de las viejas metrópolis europeas y el imperialismo americano en Asia, África y América Latina, la vigilancia y combatividad de los partidos y organizaciones democráticas y de los intelectuales anticolonialistas que, en Europa y Estados Unidos, desempeñaron un papel tan significativo como importante en la solución de los conflictos argelino y vietnamita, parecen haber perdido su ímpetu, como nos muestra la indiferencia y falta de movilización

popular de los países de Occidente ante el odioso baño de sangre de Tell-el-Zatar y el genocidio sistemático del pueblo palestino.

Abolidas las formas exteriores y más visibles del colonialismo de nuestros padres y abuelos, un sector importante de la izquierda de

las sociedades industriales parece considerar que ha saldado ya su vieja deuda con los que Fanon denominara "condenados de la tierra", olvidando no sólo el saqueo, destrucción y exterminio en los que se funda el nivel de vida de aquéllas y su buena conciencia democrática y pluralista, sino también que, bajo nuevos disfraces y fórmulas, el saqueo, destrucción y exterminio **continúan**: sostén imperialista a los regímenes reaccionarios y tiránicos que mantienen a sus pueblos en la miseria, explotación y analfabetismo; venta de armas y cortina de silencio en torno a las matanzas de indios en el Brasil y al **apartheid** de los gobiernos racistas de Rodesia y Sudáfrica; lucha encarnizada por impedir la independencia económica de los pueblos y la libre disposición de sus riquezas;

uso cínico de las mismas, al servicio de sus intereses y estrategias de dominación mundial (1).

Ser tercermundista hoy significa proclamarse solidario con los países y pueblos que han sufrido la destrucción y asesinato de sus religiones y culturas, la confiscación

Juan Goytisolo

de sus tierras, la eliminación o venta masiva de sus hombres durante varios siglos de "civilización" cristiana y europea; significa asociarse a la lucha por la dignidad de quienes han soportado la violación de su pensamiento y morada vital por una ideología ajena y opresiva, al servicio de la explotación despiadada de Occidente; significa el sostén activo a los países que combaten por un nuevo orden económico mundial y a los centenares de millones de emigrados afroasiáticos

(1) En el actual embrollo del Líbano, asistimos a un plan de Washington, Tel-Aviv, Damasco y la derecha libanesa para aplastar con armas americanas y soviéticas, y la complicidad hipócrita del Kremlin, a la rebelde, inoportuna y molesta resistencia palestina, a fin de ponerla de una vez bajo la tutela sirla y abrir así la gran negociación árabe-israelí que debe consagrar el triunfo de la estrategia de Kissinger y el equilibrio militar de las dos superpotencias.

que, víctimas del **desorden** actual, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo y cosificarse en el engranaje alienador de nuestra mirífica economía capitalista; significa la denuncia del chauvinismo, racismo, eurocentrismo que, so capa de una presunta objetividad científica, tienden a negar los valores y obras de las razas y culturas distintas de la nuestra; significa admitir en fin que si los pueblos de estirpe europea se sitúan desde hace siglos en la vanguardia del progreso artístico, filosófico, técnico, social, económico y científico son, **al mismo tiempo**, la encarnación consumada y perfecta de las tendencias regresivas del hombre a la barbarie, crueldad y belicismo que existen y se manifiestan desde que el mundo es mundo.

¿Exageraciones más? Desdichadamente, no: aunque si oímos hablar a menudo del peligro amarillo (al que el poeta bailarín Yevtuchenko dedica poemas apocalípticos que merecen los honores de la publicación en la **Pravda**) no escuchamos jamás ninguna referencia (cuanto menos entre nosotros) al **peligro** mucho más real de los **crímenes, devastaciones, rapiña, a nivel universal, de la multacentenaria**

hegemonía blanca. Procedamos a un breve repaso de historia: ¿Quién creó la Inquisición?, ¿quién expulsó a centenares de miles de judíos y moriscos?, ¿quién borró del mapa a los pueblos indios del Caribe y de América del Norte?, ¿quién aniquiló las civilizaciones maya, inca, araucana?, ¿quién estableció la trata de esclavos negros para reemplazar a la desdichada mano de obra india? —la civilizada Europa cristiana—, ¿quién repartió el planeta entre sus potencias como si fuera un pastel de aniversario?, ¿quién explotó, embruteció, humilló a árabes, africanos, hindúes, vietnamitas?, ¿quién impuso el consumo de opio a China? —Europa y nada más que Europa—, ¿quién originó las dos guerras más bárbaras y mortíferas de la Historia?, ¿quién realizó el exterminio de varios millones de judíos?, ¿quién inventó los campos de concentración nazis y stalinianos?, ¿quién arrojó las bombas de Hiroshima y Nagasaki?, ¿quién martirizó a los pueblos de Argelia y Vietnam? —¿acaso África, Asia, Latinoamérica?—; ¿quién arma hoy a los verdugos del pueblo palestino?, ¿quién asesina todos los días en Soweto o Johannesburgo, en la que un día será República africana de Azania? —la avanzadísima raza blanca—. Frente a la lista interminable de monstruosidades y crímenes, los

ejemplos de crueldad azteca, árabe o asiática parecen bastante modestos y artesanales. Sin embargo, los clichés son difíciles de extirpar, y muchos intelectuales humanistas y liberales, animados por el ejemplo de Ernest Renan o Menéndez Pidal, siguen fabricando bellas teorías que excusan y disfrazan con nobles pretextos civilizadores las empresas de conquista, opresión y despojo llevadas a cabo por sus paisanos (2).

Rindámonos a la evidencia: un etnocentrismo solapado sigue configurando nuestra escala de valores y confiere un carácter secundario, casi nimio a la muerte de negros, árabes o de esos vietnamitas que la prensa estadounidense, al evocar la matanza de My Lai, denominaba con delicadeza inefable **Oriental human beings**. Si los medios de información de París, Londres o Nueva York manifestaron, con toda razón, sus sentimientos de horror y piedad ante la inmolación de Jen Pallach para protestar contra la intervención de los tanques rusos en su país, la muerte atroz de docenas de millares de vietnamitas o argelinos no suscitaba en ellos, salvo raras excepciones, una repulsa parecida. Proba-

(2) Véase mi ensayo "Menéndez Pidal y el padre Las Casas", en "El furgón de cola" [segunda edición, Seix Barral, Barcelona, 1978].

blemente porque, como decía Borges en una entrevista memorable, "los negros y asiáticos no sufren del mismo modo que nosotros".

Una doble escala de valores opera subrepticamente para blancos y no blancos (y ni siquiera quienes se juzgan a sí mismos de izquierda se hallan inmunizados contra ella). En una reciente emisión televisada sobre la China de Mao, los telespectadores franceses, invitados a dar su opinión sobre los documentales que acababan de ver, parecían preocupados tan solo (como el ya mentado Yevtuchenko) por el recuerdo de las antiguas invasiones tártaras y el peligro de una nueva "ola amarilla". La imagen aterrador de Gengis Kan reaparece como un inconjurable fantasma en las pesadillas digestivas de la burguesía occidental (3); pero lo que a nadie se le ocurre pensar, no sé si sólo por ignorancia, es que su campaneada crueldad fue incomparablemente inferior a la de nuestros celebrados Reyes Católicos. (En el "Cancionero de burles" se habla de la Castilla de 1500 en términos de "reino desconcertado": como decía su editor londinense, el protestante Luis

(3) Puedo citar el caso de una parienta lejana que, a los setenta años de edad y gravemente enferma, envió un mensajero al famosísimo padre Pio para averiguar dónde estaría más segura, en caso de invasión china, si en Francia o en España.

Usoz y Río, en respuesta a quienes siglos después se escandalizaban de ello, "en el año de 1483 se estableció por el Papa Vicario de Jesucristo, a petición de los Reyes Católicos, el Tribunal de la Inquisición, que sólo en el arzobispado de Sevilla condenó por herejes a más de cien mil personas, quemó vivas a más de cuatro mil y arrojó fuera del reino —después de haberlas robado— a más de cuatrocientos mil. Este no era **muchs concierto**, a lo menos para los quemados".)

Pero volvamos a la época actual y elijamos un ejemplo al azar: el mariscal Amin Dada, cuya figura ubuesca, de tirano y bufón, ha sido popularizada, con ironía e indignación virtuosas, por el cine, la televisión y prensa de nuestros democráticos países occidentales. Los atropellos de Amin Dada contra los asiáticos instalados en Uganda, su dictadura caprichosa, sus sangrientos métodos represivos, merecen, como es obvio, nuestra indignación y condena; pero dichas atrocidades, comparadas con las cometidas por Francia en Argelia o Estados Unidos en Vietnam, resultan ser de nuevo juego de niños: producto de arrebatos y cambios de humor de un individuo primario e inculto, no de la lógica fría y eficiente de cerebros políticos y consejeros militares con diplomas de Yale o la Sorbona, excelentes ciudadanos y padres de familia, imbuidos —como no— de profundas convicciones democráticas. En cuanto al carácter grotesco del personaje —que es la delicia de nuestros periodistas y fotógrafos—, dicha estimación me parece casi siempre unilateral y etnocéntrica. Cuando Amin Dada se hizo llevar en andas por cuatro hombres de negocios británicos, la escena suscitó un coro de protestas y burles. Vista desde una perspectiva africana, la imagen, no obstante, era **bella y liberadora**, el desquite visual de varios siglos de humillación e injusticia impuestos por el colonialismo europeo; en la sala de cine donde la vi, el público, compuesto casi todo de árabes y negros, prorrumpió en violentos aplausos. Lo mismo podríamos decir de la afición infantil de Amin a las medallas y uniformes (aunque en este punto, Brezhnev y los mariscales soviéticos le llevan notable ventaja): a ojos de un africano (e incluso de un europeo sin anteojeras) toda esa pompa y ceremonia irrisorias resultan menos cómicas y absurdas que las que acompañan las procesiones vaticanas o envuelven la coronación de los Reyes de Inglaterra.

Ser tercermundista es poseer la capacidad (bastante difícil, a lo que parece) de abandonar la perspecti-



Un ejemplo de la "acción civilizadora" blanca: tropas norteamericanas en Vietnam.

Tercermundismo, hoy

va eurocéntrica (o natocéntrica, para incluir a todos los países del Pacto Atlántico) de los hechos, y medir con el mismo rasero los actos y empresas de los blancos y de los chinos, hindúes, árabes o negros. Hace menos de veinte años, a quienes vivíamos en la dulce Francia nos tocó ser testigos de la campaña de terror desatada contra la clase obrera argelina —detenciones, redadas, toque de queda, asesinatos, insultos racistas— en medio de la casi total indiferencia de la población parisiense y la falta de solidaridad práctica de los sindicatos y partidos de izquierda con el pequeño grupo de intelectuales que la defendían. Sólo después de verter ríos de sangre ajena, cuando el país advirtió la muerte de sus propios hijos —los manifestantes muertos a tiros en la estación de Metro Charonne—, reaccionó, al fin, masivamente e impulsó al Gobierno gaullista la liquidación de la guerra.

Las diferencias de criterio entre los crímenes y atropellos cometidos con europeos y los realizados contra otras razas merecen ser examinados con atención, como hizo el poeta martiniqués Aimée Césaire en su admirable, y siempre



Vista desde una perspectiva africana, la imagen de Amin Dada llevado en andas por cuatro hombres de negocio británicos resultaba bella y liberadora.

actual, *Discours sur le colonialisme*:

"Sí, valdría la pena estudiar en detalle, clínicamente, los pasos de Hitler y el hitlerismo y revelar al muy distinguido, muy humanista, muy cristiano burgués del siglo XX, que lleva dentro de él un Hitler que él mismo desconoce: que Hitler vive en él, que Hitler es su demonio; que si lo censura es por falta de lógica, pues, a fin de cuentas, lo que no perdona a Hitler no es el crimen en sí, el crimen contra el hombre; no es la humillación del hombre en sí, es el crimen contra el hombre

blanco, y el haber aplicado en Europa los métodos colonialistas reservados hasta entonces a los árabes de Argelia, los coolies de la India y los negros de África" (4).

Tras ofrecer al lector una breve y edificante antología de textos sobre la conquista de los imperios coloniales del siglo XIX —similares en su horror a los escritos por fray Bartolomé de las Casas—, el gran poeta negro concluye: "Nadie coloniza inocentemente, nadie coloniza impunemente; una nación que coloniza, una civilización que justifica el colonialismo —esto es, la fuerza—, es una civilización enferma, una civilización moralmente contaminada que, de modo irresistible, de consecuencia en consecuencia, de renuncia en renuncia, reclama su Hitler, es decir, su castigo".

La gangrena moral que amenaza a los pueblos de Europa y de América del Norte no es un fenómeno del pasado. Obligado a retroceder en razón de la toma de conciencia de las masas del Tercer Mundo, el "peligro blanco" no ha desaparecido, no obstante, y puede manifestarse en cualquier ocasión con fría, calculada violencia: ante la amenaza de un nuevo embargo petrolero o, simplemente, de un aumento de precio del barril de crudo, los Gobiernos y Estados mayores de Oc-

(4) Ed. *Présence Africaine* (París, 1955).

cidente discuten ya la posibilidad de lanzarse a alguna operación de blitzkrieg destinada a defender los sacrosantos valores de nuestra civilización cristiana (5).

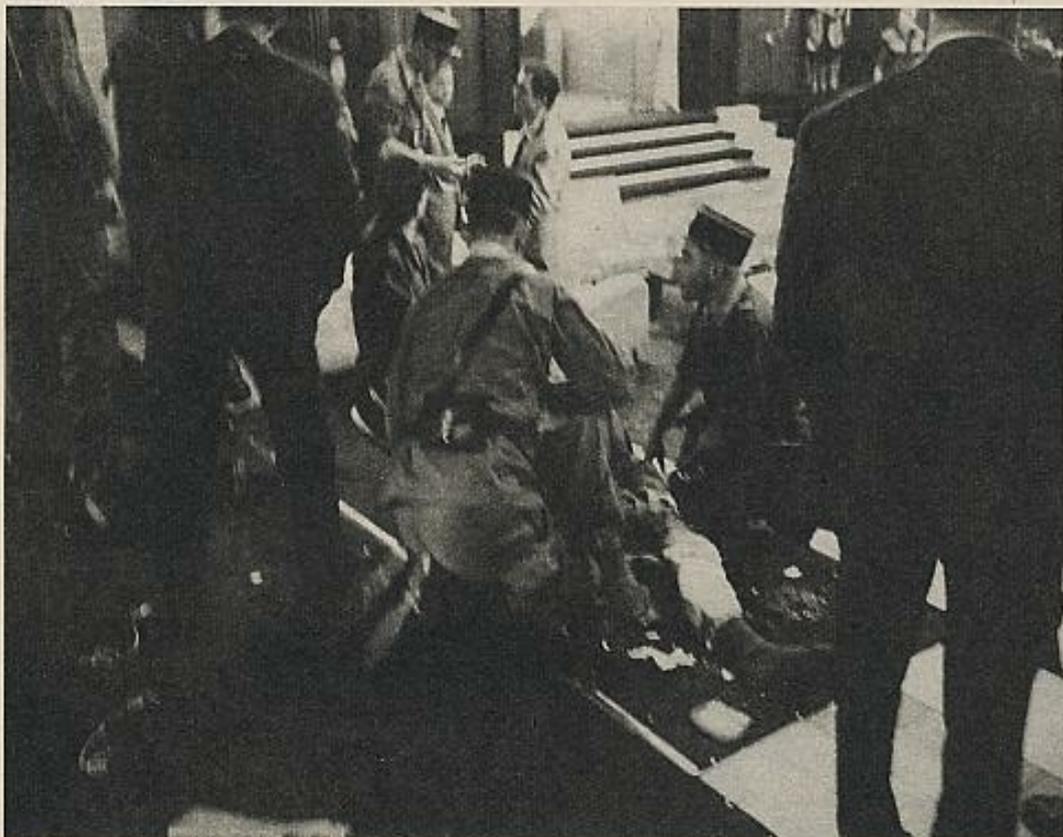
Ser tercermundista significa hoy denunciar la hipocresía e injusticia de dicha postura, es recordar a estos calenturientos patriotas que los países subdesarrollados tienen el mismo derecho a disponer de sus bienes que nosotros de los nuestros, y que pueden reaccionar, por tanto, a la subida unilateral de los precios de los artículos que importan de los países industriales con un aumento proporcional de los suyos.

No estoy hablando de eventualidades remotas, sino de un peligro real y próximo, como lo muestra la sutil preparación psicológica, el continuo lavado de cerebro de los *mass media* de Occidente. Citaré un ejemplo entre ciento: en uno de los últimos episodios de Tarzán publicado en los cómics norteamericanos, el héroe ha abandonado ya su tutela paternalista sobre los habitantes de la selva (una exigencia de la política de integración inaugurada por Kennedy) y, con la ayuda de una niña negra (como los seriales televisados, donde el protagonista siempre tiene ahora un adjunto "de color"), combate a unos nuevos y malvados enemigos: individuos con turbante, bigote y nariz ganchuda, que recorren el desierto a lomo de camello.

Ser tercermundista será, pues, oponerse desde ahora, en nombre de la solidaridad con los oprimidos, a los inspiradores y agentes de la nueva cruzada de Tarzán (6). ■ J. G.

(5) El reciente "raid" israelí al aeropuerto de Entebbe y la publicidad de que ha sido objeto nos induce a pensar que se trata tan solo de un modesto ensayo de la nueva y más brillante operación que se prepara.

(6) Esperando la gran cruzada contra el árabe, algunos representantes de la oligarquía canaria parecen haberse lanzado por su cuenta a una "cruzadita" destinada a buscar una cabeza de turco a los males creados por su despiadada explotación de las islas: las colonias hindú y marroquí. Nuevo botón de muestra de esta lamentable campaña de prensa, el artículo titulado "¿Qué viene el moro?" contiene, entre otras muchas, las siguientes enormidades: "La riqueza que hemos creado —dice un conocido industrial canario— la están logrando estos moros fallos de escrúpulos. Engañan y roban. Las islas Canarias, que eran un paraíso (¿para quién? Sin duda alguna, no para los obreros y campesinos. J. G.) se están colocando en una situación peligrosísima. (...) El marroquí atropella al turista. Entre la Península y Canarias se interpone una nación: Marruecos. No estamos dispuestos a permitir una marroquinización. Nos iríamos antes a otro país, donde se nos echara un capote. Culturalmente no somos moros, sino europeos. No podemos empezar a adorar a Alá". (...) "Aquí no vienen más que a armar camorra, a tomarse, a hacer mariconadas, a vender droga y a ligar con las chicas" —nos cuenta, muy airado, el encargado de una discoteca—, etcétera. Una tal avalancha de insultos racistas repite, con pocas variantes, las que vertía la prensa hileriana contra los judíos, y confirma las palabras del poeta Césaire.



Los atropellos de ciertos dictadores africanos o asiáticos, aunque absolutamente condenables, resultan a veces juegos de niños comparados con atrocidades como las cometidas por Francia durante la guerra de Argelia.